

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

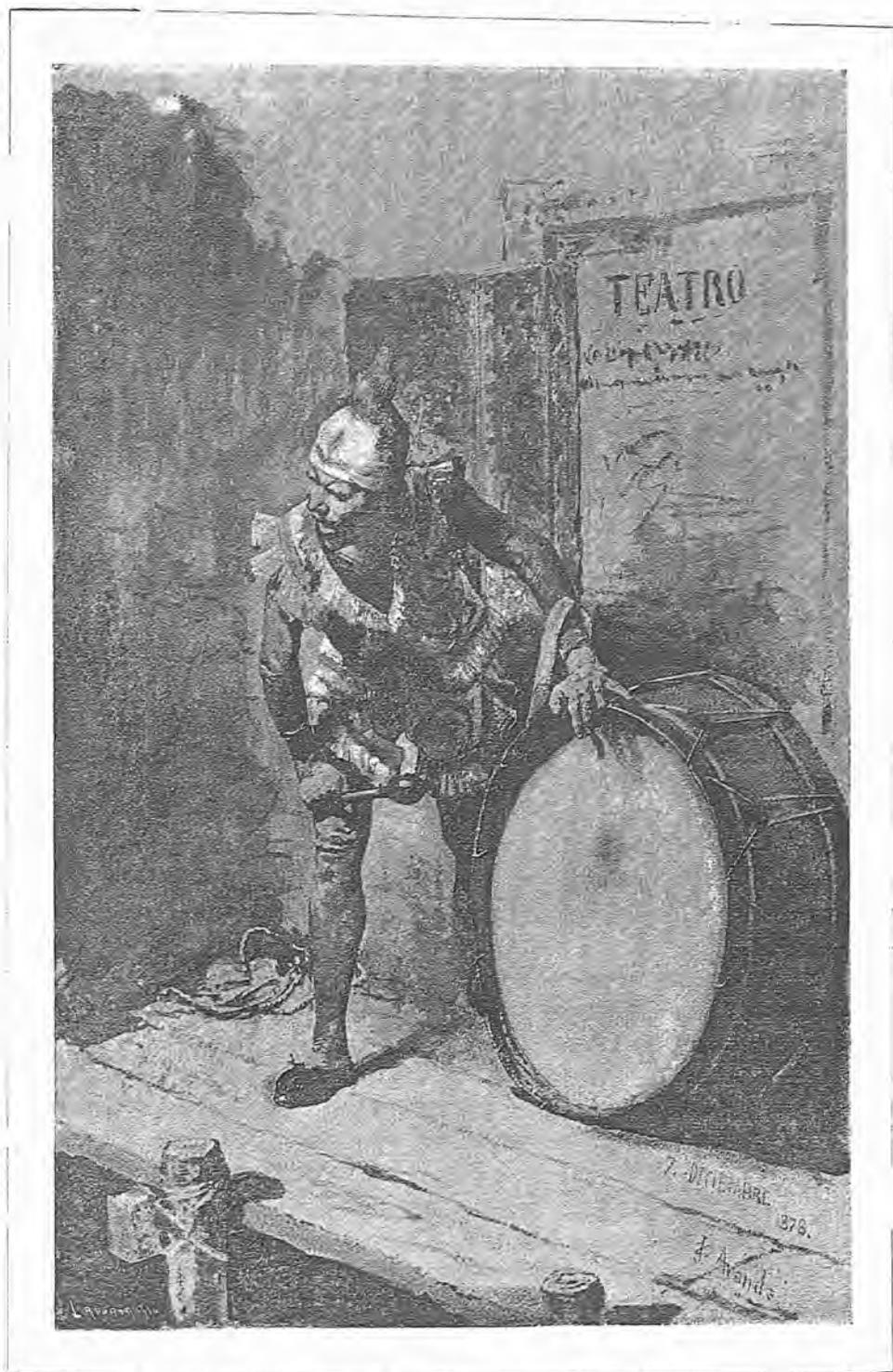
Domingo 9 de Julio de 1893

NÚMERO 2.

DIRECTOR:

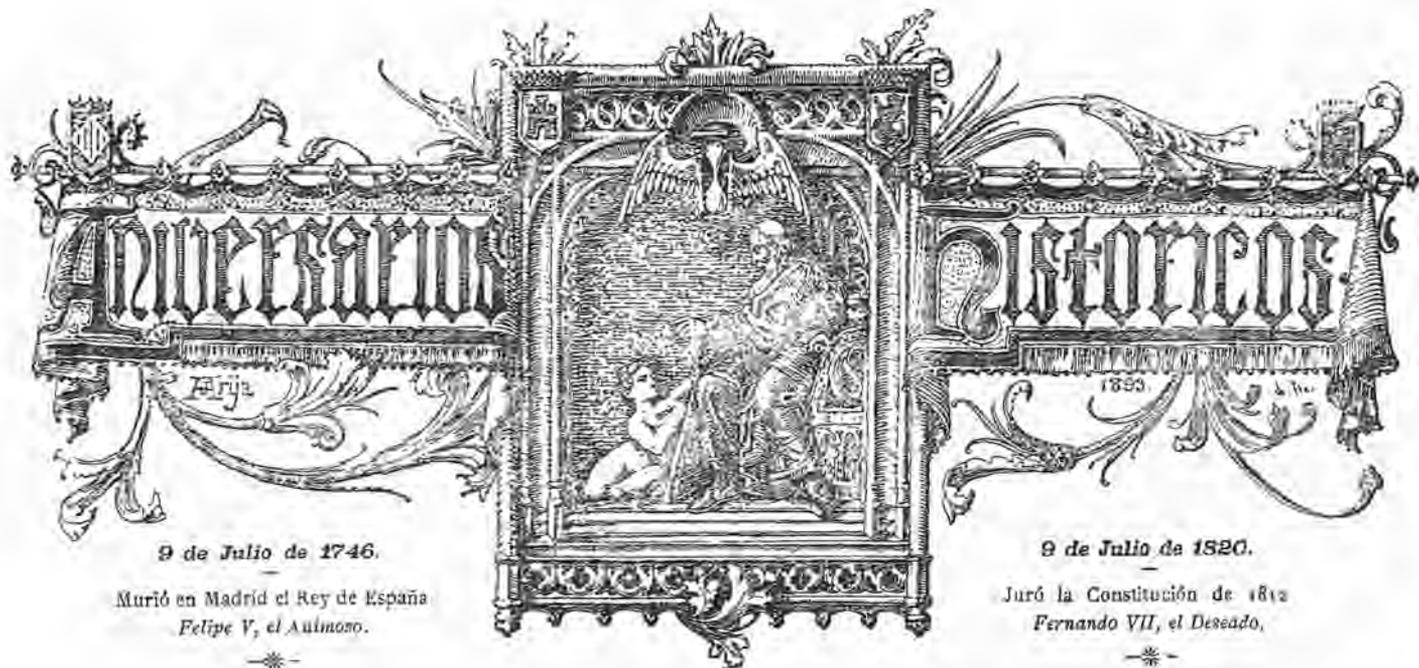
Felipe Pérez y González

NOTAS ARTÍSTICAS



EN LA FERIA

Dibujo original é inédito de D. JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA.



Murió en Madrid el Rey de España
Felipe V, el Aulinoso.

Juró la Constitución de 1812
Fernando VII, el Desdado.



El día 9 de éste, á las dos de la tarde,
hallándose en el palacio de Buen-
Retiro el Rey nuestro Señor Don
Felipe Quinto, fué Dios servido
de llamarle á sí, á los sesenta y
dos años, seis meses y veinte días
de su edad, y á los quarenta y cin-
co años, siete meses y veinte y tres
días de su Reynado, desde la pro-
clamación hecha en Versalles á
16 de Noviembre de 1700.

«A las circunstancias de esta
pérdida, corresponde el común
sentimiento, medido por la fide-
lidad é inclinación de todos y por la no-
toria experiencia de las virtudes de este Mo-
narcha. La memoria de sus Religiosas pren-
das, de su amor á la Justicia, de su deseo
de acertar, de su constante igual ánimo en

ambas fortunas, de sus glorias y triunfos, de su propensión á favo-
recer las ciencias, de sus piadosas Fundaciones, sumptuosas Fábri-
cas, y heróycos Establecimientos, obliga á que sea tan grande como
general el dolor, y que le conserve vivo en el alma la gratitud de sus
vasallos.»

Con estas palabras, sin más preámbulos, antecedentes ni porme-
nores, la Gaceta del 12 de Julio de 1746 dió noticia del fallecimiento
del Rey, noticia que causó grandísima y general sorpresa por inesper-
rada, y tanto más, cuanto que la misma Gaceta, en su número del
día 5 del mismo mes, afirmaba que «sus Magestades y Altezas se man-
tenían con perfecta salud en la Corte.»

Pocos meses después de este suceso, el licenciado D. José Francés
de Castillo y Berenguer daba á la estampa su *Historia Grande Real y*
Discursos Políticos; en que se contiene lo más memorable que sucedió
en España desde el mes de Enero hasta fin de Noviembre del año
de 1746, y en esta curiosa obra, escrita en el estilo ampuloso y rim-
bombante propio de aquella época de pésimo gusto literario y artístico,
encontramos interesantes noticias que se refieren á la vida y á la muer-
te de Felipe V, «cuya endeble humana fábrica—como dice aquel es-
critor—embistió la Pareja disfrazada con un accidente repentino el sá-
bado 9 de Julio.»

«La noche del mismo día—refiere en otro lugar de su obra—se dió
orden á todas las Comunidades y Parroquias de la Corte para que se

celebrasen por el ánima del Rey todas las Misas del siguiente día 10.

«Se embalsamó el Real Cadáver á las 48 horas de haver muerto, y
se expuso al público en uno de los salones de Palacio sobre una Cama
Imperial los días 12, 13 y 14 de Julio; y fué innumerable el Concurso
que acudió. En el nominado salón celebraron las Religiones y Reve-
rendo Cabildo de esta Corte solemnes generales Exequias en las siete
Sagradas Mesas que havia dispuestas con Ricos Magestuosos Adornos
de Oro, Plata y Pedrería.

«En el referido día 14, Jueves, que fué á las once y cuarto de la no-
che, salió el Entierro de Madrid para el Real Sitio de San Ildefonso, á
fin de depositar en aquella Colegiata, el ya hecho despojo de la Parca,
según se halló dispuesto en el Testamento que su Magestad Reynante
mandó abrir en la forma acostumbrada. Estuvo esta función quanto
más triste, funesta, y dolorosa, tanto más magnífica, seria y vistosa,
pues enmedio de dos Esquadrones de Reales Guardias de Corps y un
Destacamento de los de Infantería, iban muchos Grandes de España,
Gentiles-hombres de Cámara, Mayordomos, Gentiles-hombres de
Boca, y Casa; los Pages de su Magestad, los Cavallerizos; los Monte-
ros de Espinosa; los Alcaldes de Casa y Corte; el Principe de Maceracio,
capitán de Guardias de Corps, y de Quartel, que era entonces; el
señor Arzobispo de Tarifa, con la Capilla Real; el Marqués de Ustáriz
como Notario Mayor de estos Reynos, autorizado por su Magestad; el
Marqués de San Juan, Sumiller de Corps, á quien fué el Rey nuestro
Señor el desempeño de sus órdenes; y las Comunidades de las quatro
Religiones Mendicantes con Hachas en las manos; los Capellanes de
Honor, y muchos criados de la Casa Real, cavalleros todos con mu-
las enlutadas; y qué tanto el gentío que salió á despedirle entre tantos
sentimientos de su difunto amado Monarca, que en más de un quarto
de legua de distancia que hay desde la puerta de Recoletos hasta el
Puente Verde, quasi no podían ramper los coches. El Domingo 17
del mes llegó el funesto (!) acompañamiento á la Iglesia Colegial del
Real Sitio de San Ildefonso, donde se hizo la entrega y depósito con
lá solemnidad que el caso requería. á cuya seria función asistió la
Grandeza, y demás comitiva.»

Grande debió de ser el dolor de los españoles, y especialmente el de
los madrileños, por la muerte de aquel Rey; pero el del autor de la re-
lación que antecede debió ser tan inmenso, que, trastornándole el
meollo, si antes ya no lo tenía trastornado, le hizo dar rienda suelta á
su musá, publicando las siguientes «composiciones», que reproduci-
mos para «amenizar» este trabajo, y que el mismo famoso poetastro
de este siglo, D. José González Estrada, hubiera tenido que reconocer
como modelo de su estilo y de su género:

«OCTAVAS FÚNEBRES

«Ya tiene entre mármoles mojada;
ya entre cenizas tiene su reposo
aquel que á tantos animos
metió pavor con propia Espada;



FELIPE V.—Figura del cuadro de Vanloo, FELIPE V Y SU FAMILIA.

*Rey fué justiciero; Padre amoroso,
de piedad conocida y elevada,
que entre Castillos y Leonas sin jactancia,
puso las bellas lises de la Francia.*

*«Yáze, y no yáze nuestro Soberano;
yáze, y no yáze nuestro gran Monarca;
yáze, y no yáze, pues la Cruel Parca,
executando en él lo más tirano,
midiendo su grandexa con la Albarca,
siendo ya cumplimiento de un Arcano
sólo el comun tributo satisface:
dígame, pues, que vino, no que yáze.»*

Puesto ya en el disparadero poético el bueno del Licenciado, no contento con faltar... poéticamente al Monarca difunto, la emprendió también con el vivo, soltándole la siguiente

«OCTAVA PENTACRÓSTICA

*manifestando que España vé brillar todas las prendas de su Difunto
amado Rey en la Persona del Señor Don Fernando VI, vulgo*

*España fiel, que os ama tiernamen-
te
Dágrimas derramando vigilan-
dor Philipo clamando vé constan-
teparada en vos la falta del ausen-
tivo yáze entre chispas de diamante
Del animoso Monarca lo valien-
te
En humano panteón, cuyo retre-
nicho Dorado es y Gabine-* (TE)

A los setenta y cuatro años justos, después de la muerte del primer individuo de la dinastía borbónica en España, el mismo día 9 de Julio, uno de sus sucesores, Fernando VII, el Deseado como le llamaron unos, el Aclamado como después le apodaron, engañaba una vez más al pueblo que por él había derramado su sangre y que en él había cifrado sus esperanzas todas, á aquel pueblo bonachón y valeroso que desafiaba las iras de los franceses invasores, cantando en sus propias barbas coplas como la siguiente, modelo de simplicidad y de amor á su Rey.

*«Cuando el rey don Fernando
Larena,
va á la Florida,
Juana y Manuela,
va á la Florida,
Prenda,*

*nasta los pajaritos,
Larena,
le dicen «¡viva!»
Juana y Manuela
le dicen «¡viva!»
Prenda.»*

Apenas arrojados de España los franceses y reintegrado en el solío español el hijo de Carlos IV, faltóle tiempo para borrar de una pluma todas las conquistas que la Libertad y el Progreso habían hecho en la nación, mientras el pueblo luchaba heroicamente contra los franceses para devolver el trono á Fernando, y Fernando, en Bayona, hacía votos por el triunfo de los franceses contra los españoles.

El Real decreto de 4 de Mayo de 1814, en que se decía «vuelva todo al sér y estado que tenía en 1808», fué el premio que aquel Rey concedió á esta nación heroica y el principio de una serie funesta de maldades, de persecuciones y de suplicios, cuyo recuerdo pone á un tiempo en el pecho más indiferente indignación y espanto.

Los hombres más ilustres que en España había, como Argüelles, Calatrava, Martínez de la Rosa, Nicasio Gallego, Canga Argüelles, Muñoz Torrero y otros muchos, eran condenados, los eclesiásticos á larguísimo tiempo de reclusión en diversos conventos, los seglares á numerosos años de prisión en distintos presidios.

No permiten los estrechos límites de estos ligerísimos apuntes hacer una pintura, siquiera un boceto, de aquella situación, ni hacer un relato, siquiera sumario, de los atropellos inconcebibles, de los castigos injustos y crueles de que fueron víctimas en aquella época de *terror blanco* cuantos eran liberales ó «sospechosos de liberalismo». ¿Para qué? Son hechos que todos los españoles conocen, y que todos los corazones honrados han abominado mil veces; hechos que dieron ocasión á que algunos poetas escribieran versos, algo mejores que los del perindito Francés de Castilla, como, por ejemplo, los de D. Teodoro de la Calle, confinado á la sazón en uno de los presidios de África, que el ilustre Mesonero Romanos ha recordado en sus *Memorias de un Setentón*, y de los que, para muestra, sólo copiaremos aquí los siguientes:

*«En vano Mayo su esplendor esmalta
con nuestra sangre; en vano jactaremos
de Astorga, de Rodrigo las cenizas;*



De la colección de estampas que posee Tello Téllez.

de Ballén los laureles halagüeños;
 de Girona el aliento numantino;
 de Zaragoza el trágico denuedo;
 de Talavera la dudosa palma;
 de Medellín los insepultos huesos...

«¿Qué acerbo fruto coges de tu sangre,
 desventurada España? ¡Qué! ¿Tu intento
 á mudar de verdugo se limita,
 no á ser libre y feliz?... Repara el premio
 con que el déspota al fin te galardona;
 en cárceles, patíbulos, destierros
 paga tu amor, y ceba vengativo
 su cólera en tus hijos predilectos...»

Aquella situación afrentosa y terrible produjo al fin el efecto consiguiente, y después de algunos años de sufrimiento, el grito dado por Riego en las Cabezas de San Juan el 1.º de Enero de 1820, logró hallar eco en varias poblaciones, de las cuales fué Coruña la primera; la revolución estalló poderosa, y el Rey, cediendo ante ella, publicó el 7 de Marzo un decreto en que prometía jurar la Constitución de 1812; pero en términos tan ambiguos, que se le exigió declaración más terminante, que, vencido por la fuerza, hizo dos días después. Recobraron su libertad con este motivo los liberales presos, volvieron á España los desterrados, convocáronse las Cortes para el 9 de Julio y la apertura se celebró este día «sin grande aparato, según dice un historiador, aunque con extremada alegría de los circunstantes y de todo el público; sentimiento de que en cierto modo se vió también poseído el Rey: tal era la efusión y alborozo con que fué recibido por la Asamblea.»

El acto solemne del juramento del Rey tuvo efecto á las seis de la tarde de aquel día, en el salón de Embajadores del Real Palacio, jurando Fernando VII en manos del Cardenal Arzobispo de Toledo, en presencia de la Junta Consultiva, del Ayuntamiento y demás autoridades.

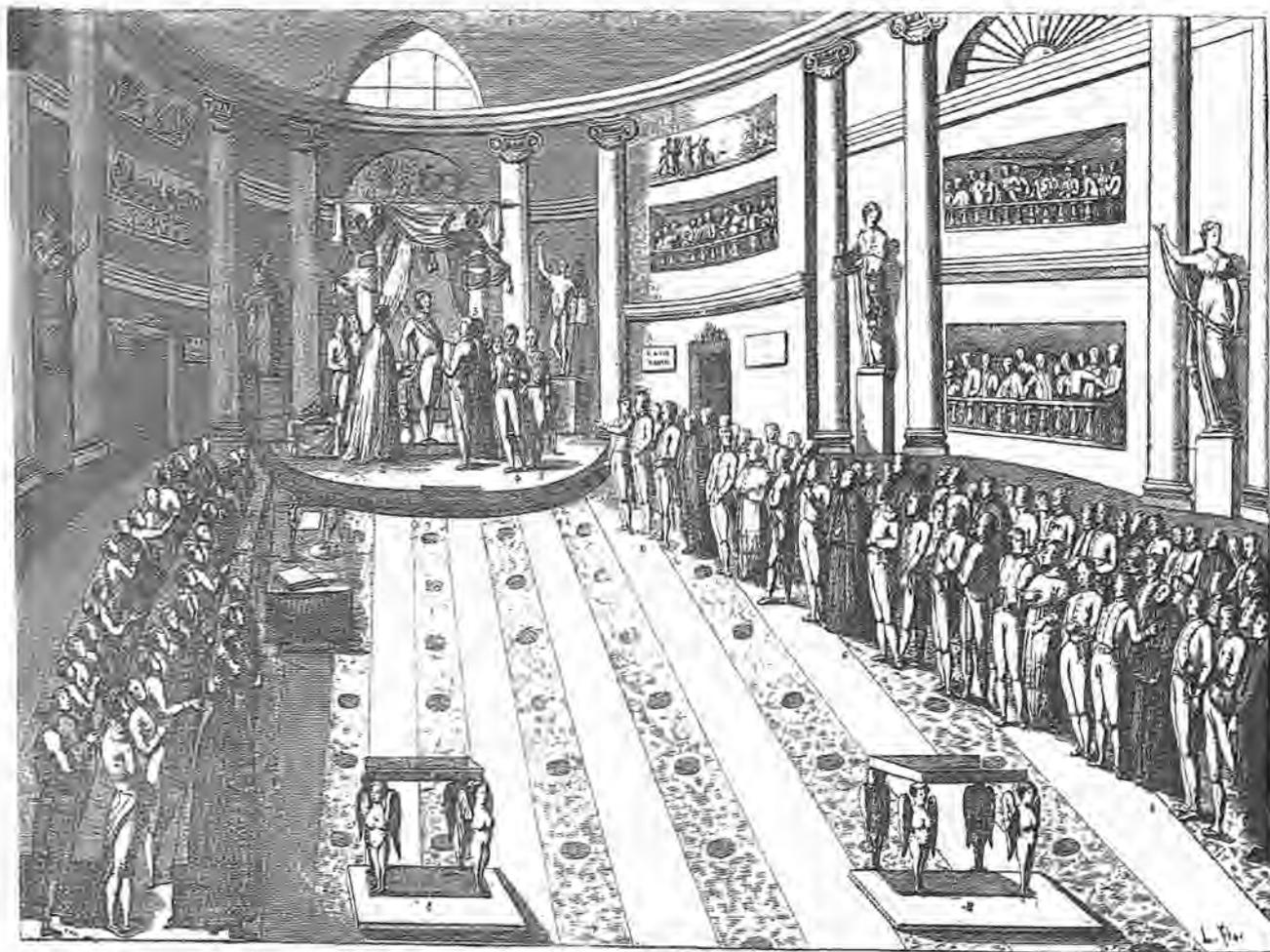
Durante la ceremonia, dice el precitado Mesonero Romanos, una inmensa concurrencia henchía materialmente la plaza del Mediodía ó del Reloj, y aclamaba con entusiasmo al *Rey Constitucional*; las tropas de la Guardia formaban en la misma plaza, y las músicas y bandas de tambores ejecutaban la Marcha Real. Un momento de silencio sucedió á un ¡viva! prolongado, cuando, abierto el balcón principal, apareció en él Fernando VII con su esposa y toda la Real familia; el Rey, con las muestras más expresivas de satisfacción, y haciendo señal con la mano para hacerse oír, dijo: «Ya estáis satisfechos: acabo de jurar la Constitución, y sabré cumplirla.»

Qué sinceridad había en sus palabras, y cómo las cumplió, nadie lo ignora.

Baste decir por hoy, que el pueblo, confiado y bondadoso, lo creyó sincero, olvidando los seis años anteriores, y entregándose á los mayores regocijos, y que el día 9 de Julio de 1820 fué de los de mayor alegría y entusiasmo para los cándidos liberales españoles de aquellos tiempos.

La estampa de la época, que representa el acto del juramento del Rey, y que en este número reproducimos, pertenece á la notabilísima colección que posee el Sr. D. Cristóbal Ferriz, cuya bondad extremada, facilitándonos cuanto de aquella colección hemos deseado, merece público testimonio de reconocimiento.

TELLO TÉLLEZ.



Vista del salón de Cortes y suntuoso Tronó en el acto de jurar la Constitución de la Monarquía Española el Rey D. Fernando VII, el día 9 de Julio de 1820, tomado el punto delante del león de la izquierda de la barra.—(De una estampa de la época, perteneciente á la colección de don Cristóbal Ferriz.)

Perspectivas de Julio.

Las floristas.—El Paraíso y las Azucenas.

Las floristas de Madrid, después de invernar en el foyer de los teatros, han salido á la calle á vender sus mercancías, y en las vueltas de los paseos no es difícil oír vibrar en el aire una dulce voz que nos interpele diciendo:

--¿Quiere usted un clavel, señorito?

Se acepta la flor y el asunto... á cambio de una peseta. Figúrense ustedes...; pero juzgo inútil la descripción, puesto que todos mis lectores conocen hasta por el nombre de pila, á ese grupo de

floristas que se distinguen de la plebe por la gruesa cadena de oro que pende de su garganta. ó por los cuellos de hombre altos, á la inglesa, que la aprisionan y pellizcan en los movimientos rápidos.

Ambas cosas vienen á ser la marca de fábrica de las floristas bonitas. Porque—con pena lo digo—las hay feas. Parece mentira, pero es así. ¡Y qué contraste ofrecen las desgraciadas! Al canastillo repleto de esas estrellas de mágicos colores y de aromas celestes con que la envidiosa tierra procura remedar al cielo... sirve en estos casos de pedestal un bloque humano, que pertenece al bello sexo como la calle de Tetuán pertenece á la capital de las Españas.

Pero las otras, que son bonitas y llevan algunas veces joyas de valor, son las que se encargan de demostrar que el oficio no es muy malo y que ofreciendo clavelitos pueden llegar á crearse una posición.

Ellas son las verdaderas mariposas de los salones. Las *cantineras* que acuden presurosas á quienquiera que el amor libra batalla. Las proveedoras de las incomparables *encomiendas* que Eusebio Blasco glorificó hace tiempo.

Y la verdad es que no abusan de su posición.



Todos mis lectores recordarán cuánto les costó sacar la gran cruz que deben tener. ¿Cuántos miles? Pues ahí están esas muchachas que les ofrecen el despacho condensado en una sonrisa, y además la preciada condecoración.

¡Todo por una peseta!

**

Hay un síntoma infalible de la llegada del verano. El árbol del Paraíso ha tomado ya parte en el concierto anual de la naturaleza, y envía reverente al cielo las primeras auras de su plateado ramaje, el primer ósculo virginal de sus campanillas.

Desde este momento, y aunque el olvido de las tradiciones en Madrid no lo anuncie, ya no cabe duda; el estío ha llegado, porque el árbol del Paraíso—viajero perpetuo de la creación—no esparce en el ambiente su celeste perfume sino á la temperatura de 24°.

Hasta el momento de esta sublime consagración, el verano ha sido un ensayo, un conato de la vida infantil, que no han bastado á consolidar ni las rosas con su fragancia, ni el clavel con su belleza, ni las azucenas de San Antonio, ni el césped florido, ni el prado, ni el otero, ni el bosque, ni las aves de los crepúsculos, ni los insectos de la noche.

Pasará pronto, sin embargo, esa ilusión de la primavera eterna. El árbol santo que tanto alegra el espíritu y tanto mueve á la contem-

plación, que reina y gobierna en el espacio, como que viene á ser pebetero único de las ciudades y los campos; ese árbol, esencia pura del mejor perfume—incensario esplendoroso de la naturaleza viva,—dará pronto al viento sus tiernas florecillas para que aromaticen por última vez las

brisas de los paseos, y volverá al Paraíso, donde tiene su jardín.

Otras flores consienten en dejar á la química un recuerdo. *El Paraíso*, no; llega súbitamente, y se aleja también de pronto.

**

Junto al árbol del Paraíso, y al abrigo de su follaje, en los macizos que pudiéramos llamar balcones del pensil, crece gallarda la azucena común, la azucena cándida, flor nacada del valle y del jardín, que embelesa los ojos y fascina el alma. Es la flor predilecta de las vírgenes del Señor. Por eso en los altares de los conventos de monjas descuella sobre todas las flores, y en las fiestas paganas del mundo brilla como símbolo del amor immaculado,

La azucena crece espontáneamente en los terrenos arcillosos y húmedos de la América del Norte, desde el Canadá hasta Virginia; crece también en Siberia y Oriente; en las montañas de Europa y en las costas de Levante; en Asia, Africa, América y Australia.

Pero donde la azucena tiene nido propio, cual si dijéramos cuna, sepulcro, afecciones y galas, es en esta tierra española de los cármes y de los pensiles.



Aquí la encontraron los árabes, viviendo junto al clavel, y fué para ellos misterio de amor.

Aquí adivinaron el ideal platónico de una reja en noche de luna; aquí, en prados de esmeralda, entre miriadas de rosas, claveles y azucenas, surgieron espontáneas la poética serenata morisca y las primeras cuchilladas del amor exaltado por los celos.

Al regresar á su patria los hijos del Desierto, no nos abandonaron del todo. Nos dejaron sus costumbres infiltradas en la sangre, y en la blanca azucena del valle, el idolo de su culto, la diosa de sus noches, la sultana de sus amores,

Por eso la *azucena* no es flor de adorno, sino rival y soberana de las demás flores; por eso desentonan sus bulbos aterciopelados en la cabeza y en el seno de las mujeres; por eso se eleva con majestad sobre un tallo galano y altivo y no abate su poder real sino ante el trono de la Virgen, por eso hubo en España una Orden militar titulada de las Azucenas, fundada en 1413 por don Fernando I de Aragón, y más tarde por D. García V de Navarra.

ENRIQUE SEPÚLVEDA.

(Ilustraciones de Mr. F. MATHIAS.)

Autógrafos. - II.

Formula de la alquimia moderna
Trabaja siempre con las dos manos, y
gasta con una, y sacarás oro del tiempo.

Hyemis Sella

APUNTES DEL NATURAL

JOAQUIN SOROLLA

POR

Alfredo Perca.



Las playas

Bilbao.—Santander.—

"Huimos del calor porque ahoga, y vamos á buscar el agua, que ahoga también," decía el ingenioso Selgas haciendo una de aquellas chistosísimas paradojas que tan profusamente repartía en sus artículos festivos.

Pero Selgas no agregó, y debió haber agregado en justicia, que "huimos del calor porque ahoga...", sofocándonos con alevosía y ensañamiento como un criminal, achicharrándonos vivos como un inquisidor, sacándonos hasta la última gota de sudor como un ministro de Hacienda... "y vamos á buscar el agua, á buscar el mar que ahoga también..." pero tendiéndonos amorosamente sus brazos como mujer apasionada que ahoga con sus caricias.

Esto de los "brazos del mar," no es una metáfora de ocasión, como "el pecho que sacó fuera," el río Betis para echar una reprimenda á D. Rodrigo. Todo el mundo sabe que el mar tiene real y verdaderamente *brazos*, y que deben ser hermosísimos y dignos de que uno se eche en ellos, pues para ponderar el lujo, la elegancia, la belleza y el espléndido porte de una mujer, no encontramos frase más apropiada que ésta: "Va echa un brazo de mar."

Aquella canción de *El Grumete*, que tan popular ha sido, y que empieza diciendo

No iré yo al río,
no iré al mar
á naufragar;
en tus brazos, bien mío,
me quiero yo ahogar,

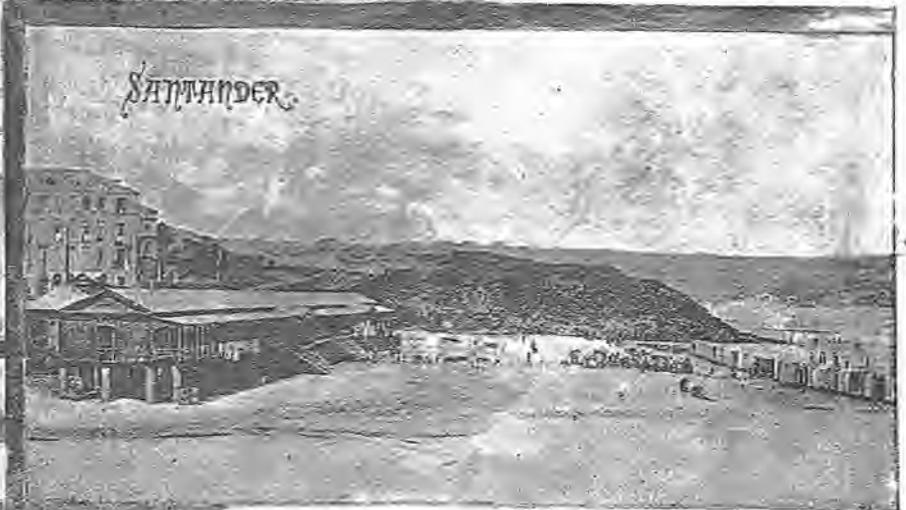
en estos días resultaría completamente falsa é inoportuna,

Si iré yo al río...

canturrean tristemente por lo



BILBAO. *Portoalete*



bajo los que tienen que quedarse en las orillas del Manzanares.

Si iré yo al mar...

cantan á grito pelado, para que todos los oigan, los que pueden darse el gustazo de ir á visitar las hermosas playas españolas; y aunque ninguno, por supuesto, quiere ir "á naufragar," como sigue la copla, creo que, casi

de baños.

Gijón.—San Sebastián.

preferirían ahogarse en los susodichos brazos del mar, á ahogarse de carlor "en los brazos del bien... suyo",.

Ahora no se oye por todas partes más conversaciones que estas:

—Y usted, ¿adónde va este año, Trifonita?

—Yo voy á Portugal.

—¡Vaya! Pues entonces vamos á estar cerca, porque yo voy á Portugalete.

Que viene á ser consecuencia parecida á la del otro que decía.

—El año pasado estuve en Gijón y quedé encantado; pero este año pienso pasarlo mejor si, como es natural, el femenino es más bello que el masculino.

—¿Pues dónde piensa usted ir? le preguntaron.

—¡Parece mentira que no lo hayan ustedes comprendido desde luego!.. ¡A Jijona!

Los trenes para Galicia, para Asturias, para San Sebastián y para Bilbao, salen diariamente atestados de viajeros, y con tal número de coches, que, al decir de un andaluz amigo mío, cuando entra la máquina en la estación de llegada, todavía está el furgón de cola en Madrid.

Lo comprendo.

Tienen tantísimos encantos las playas españolas, que los baños en ellas siempre son baños de placer, siempre son baños de impresión... agradabilísima.

Yo creo que venden en este tiempo billetes de ida y vuelta, porque si no tuvieran ya la vuelta comprada, muchísimos no volverían.

Y á propósito. Un individuo que aver fué á comprar uno de esos billetes, me ha contado que en el despacho hay que dar billetes de Banco, cuyo valor no exceda del importe de los billetes de baños, porque está



GIJÓN



SAN SEBASTIÁN



anunciado que no se da la vuelta de aquéllos.

Si es cierto, la cosa me parece graciosísima.

Porque de ese modo resulta que los billetes de baños son de ida y vuelta, y los billetes del Banco son de ida... sin vuelta.

F.

QUEDAR BIEN.--HISTORIETA FOR FELIPE PÉREZ y RAMÓN CILLA.

1



2



3



4



5



I

Candidito era dichoso; estaba con Fe casado, y Fe, de virtud dechado, era un ángel candoroso.

—Incapaz de todo mal es mi esposa, bien lo sé, decía;—y yo tengo en Fe una fe fe... nomenal.

II

Pero un día, en un paseo retirado, vió á su Fe cogida del brazo de un señor bastante feo.

Pensó quitarles la vida, y avanzó... pero, al llegar, se contentó con gritar: —¡Ingrata Fe! ¡Fe... mentida!

III

El feo levantó el brazo, contra el marido infeliz, y le atizó en la nariz un tremendo puñetazo.

Quedó inmóvil y sin voz, y convencido de que era el seductor de Fe, fe... o, fe... liz y fe... roz.

IV

Contó el caso á don Guillén, y éste le dijo:—¿A qué gritas? Tú ahora lo que necesitas ante todo es... ¡quedar bien!

—Yo por quedar bien me apuro, mas ahora...—No hagas el bú, y confía en mí, que tú, quedarás bien... ¡Te lo juro!

V

Don Guillén y otro señor, con otros dos caballeros, acordaron muy severos, que hubiera lance de honor;

6



7



8



9



que fuera á sable y á muerte y, por tanto, que durara hasta que alguno quedara, ó muerto, ó fuera de suerte.

VI

—¿Yo batirme? ¡Voto á cien! —Piensa que ya no hay remedio, y que es el único medio de que puedas ¡quedar bien!

Lleva, ante todo, firmeza, buena vista y fuerte brazo... Y el pobre "llevó"... un sablazo, que le partió la cabeza.

VII

Estuvo en la cama un mes entre la muerte y la vida, con la cabeza partida por gala, no en dos, en tres.

Tipo de risa y de mofa, con un brazo muy maltrecho, y con el ojo derecho lo mismo que una alcachofa.

VIII

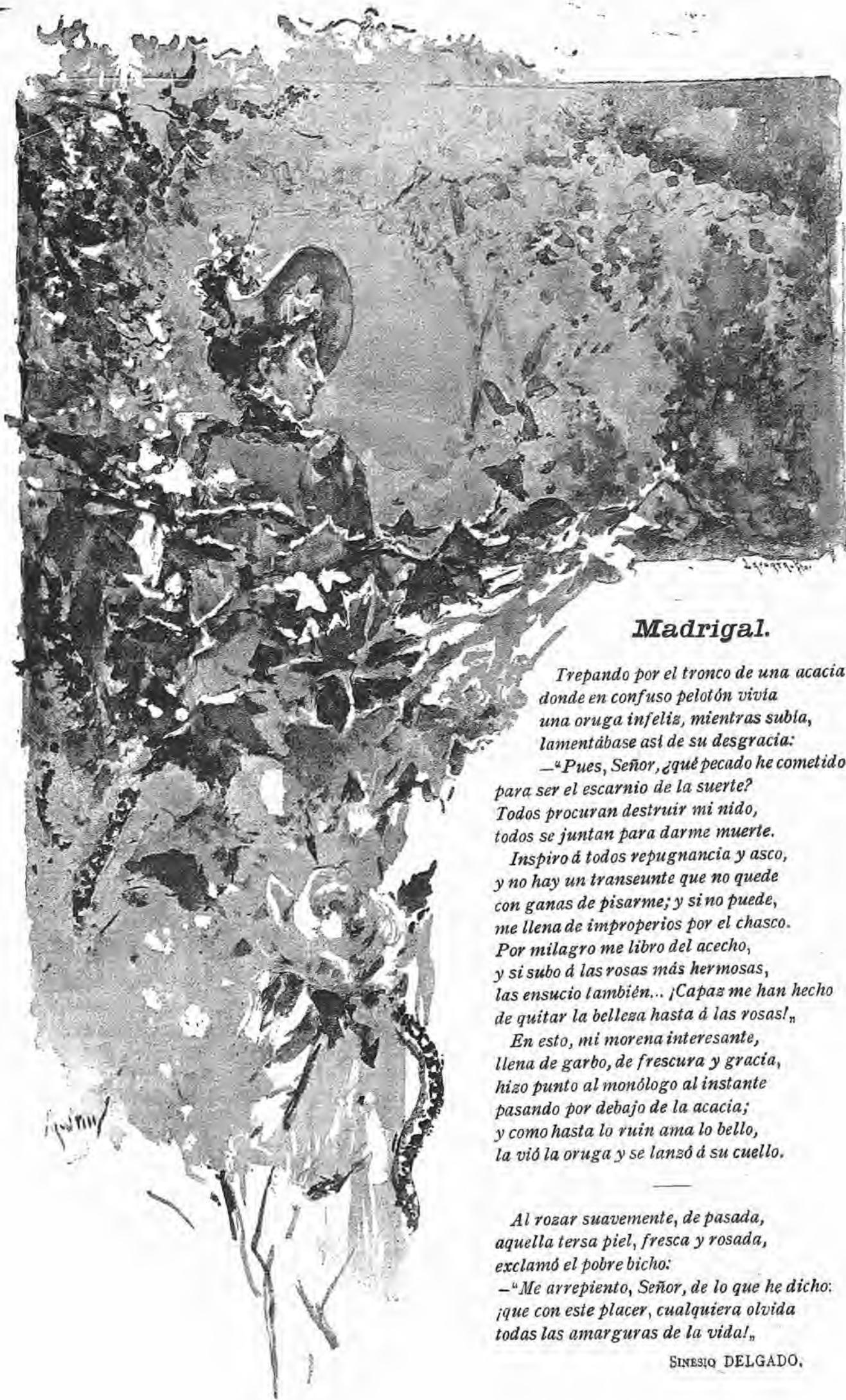
Levantóse, al fin, un día, que algo mejor se encontró, y sobre su mesa halló una carta que decía:

"Huyo á lejanas ciudades buscando goces más puros con *aquel...* y seis mil duros. Tuya Fe.— ¡Fe... lidades!,"

IX

Y Candidito aturrido exclamó muy preocupado: —¡Tuerto, manco, apabullado, robado y escarnecido!

¡Y *quedé bien!*... ¡Voto á tal! Pues, hombre, saber querría cómo diablos estaría si hubiera *quedado mal.*



Madrigal.

*Trepando por el tronco de una acacia
donde en confuso pelotón vivía
una oruga infeliz, mientras subía,
lamentábase así de su desgracia:*

*—“Pues, Señor, ¿qué pecado he cometido
para ser el escarnio de la suerte?
Todos procuran destruir mi nido,
todos se juntan para darme muerte.*

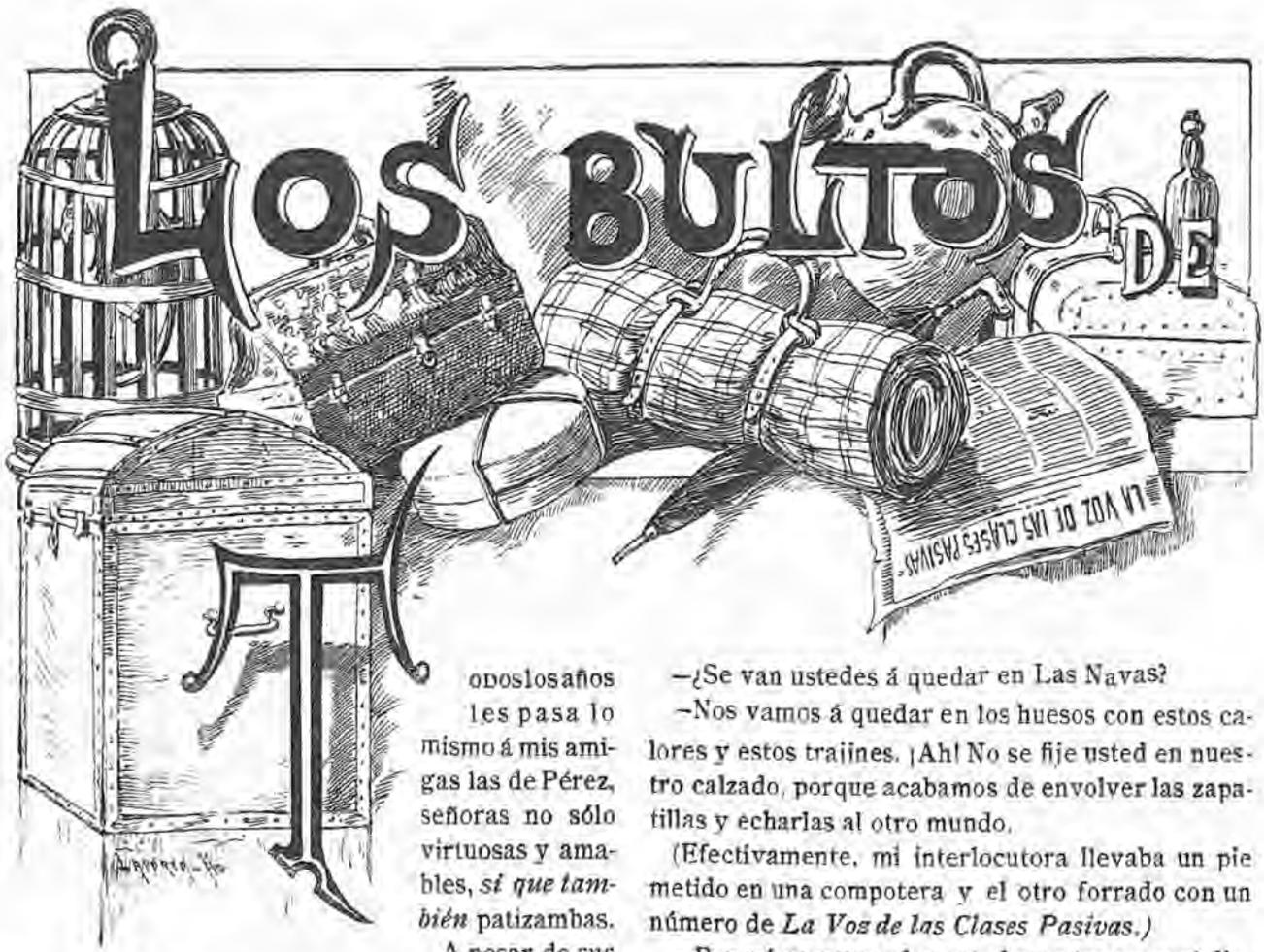
*Inspiro á todos repugnancia y asco,
y no hay un transeunte que no quede
con ganas de pisarme; y si no puede,
me llena de improperios por el chasco.
Por milagro me libro del acecho,
y si subo á las rosas más hermosas,
las ensucio también... ¡Capaz me han hecho
de quitar la belleza hasta á las rosas!”*

*En esto, mi morena interesante,
llena de garbo, de frescura y gracia,
hizo punto al monólogo al instante
pasando por debajo de la acacia;
y como hasta lo ruin ama lo bello,
la vió la oruga y se lanzó á su cuello.*

*Al rozar suavemente, de pasada,
aquella tersa piel, fresca y rosada,
exclamó el pobre bicho:*

*—“Me arrepiento, Señor, de lo que he dicho:
¡que con este placer, cualquiera olvida
todas las amarguras de la vida!”*

SINESIO DELGADO,



En los años
les pasa lo
mismo á mis ami-
gas las de Pérez,
señoras no sólo
virtuosas y ama-
bles, *si que tam-
bién patizambas.*

A pesar de sus
cincuenta bien cumplidos, así que llega el mes de
Julio comienzan á sentir picor general, escarabajo
en las mucosas, inapetencia desesperante y viví-
mos deseos de correr tierras frescas.

Las buenas señoras sueñan con el veraneo y go-
zan lo indecible con los preparativos de su viaje.

Precisamente llegué ayer á casa de mis amigas
cuando se hallaban en el período álgido de la con-
fección del equipaje.

—¿Se puede pasar?

—Sí, Juanito; pase usted. Está revuelta la casa;
pero usted es casi de confianza para nosotras.

—Gracias mil. Conque preparando la marcha, ¿eh?

—Sí, señor; ya ve usted cómo lo tenemos todo.

—Muy destartado, efectivamente.

—¿Tiene usted silla donde sentarse?

—Me inclino á creer que no.

—Pues siéntese usted encima de ese acordeón.

—Gracias. Prefiero quedarme en este mundo.

—Pues nosotras nos vamos al campo.

—¿Y qué más campo que éste, amiga mía? Este es
un campo de Agramante.

—¿No puede usted figurarse qué ganas tenemos de
partir!

—¿Van ustedes á Biarritz?

—No nos atrevemos, porque nos han asegurado
que allí menudean los casos de sarampión.

—Eso suele ser cosa de la infancia.

—Sí; pero como dicen que los viejos nos volvemos
niños... En fin; por lo que pueda ocurrir, haremos lo
que el año pasado.

—¿Se van ustedes á quedar en Las Navas?

—Nos vamos á quedar en los huesos con estos ca-
lores y estos traínes. ¡Ah! No se fije usted en nues-
tro calzado, porque acabamos de envolver las zapa-
tillas y echarlas al otro mundo.

(Efectivamente, mi interlocutora llevaba un pie
metido en una computera y el otro forrado con un
número de *La Voz de las Clases Pasivas*.)

—Por mí no suspendan ustedes su tarea, ¡qué dia-
blo! ¡Ande el movimiento!

—Sí, sí; no hay tiempo que perder. A ver si con-
cluimos con el mundo chico y la emprendemos con
el gran mundo... Entretanto podemos hablar, ¿no
le parece á usted?... Mónica, traéte el colador gran-
de y la silla de tijera para rellenar este huequecito...

—Ajajá... No le extraña á usted que á lo mejor
desaparezcamos en busca de otros chirimboles.

—Y diga usted, señora: ¿cuántos bultos llevan us-
tedes?

—¡Ay, amigo mío! Hemos perdido la cuenta.

—Lo peor es que van ustedes á perder también
los bultos. ¿Y llevan ustedes muchas cosas á la
mano?

—A quien se las llevamos es á la Manolita.

—Digo que...

—¡Ah, sí, ya comprendo! Solamente llevamos
aquellas cestas, el neceser, la guitarra por sí hace
frío, los maletines que hay en ese rincón, la choco-
latera, los paraguas y la jaula con la cotorra.

—¡Hola! ¿También llevan ustedes la cotorrita?

—Sí, hijo; porque un año se la dejamos á la veci-
na de abajo, y se la cayeron todas las plumas.

—¿A la vecina?

—No, á la cotorra. ¡Si viera usted qué lástima
daba el verla en pelota! Esto aparte de que se que-
dó escualidísima. ¡Como que nunca la hacían caso!
¡Y cuidado que se lo encargamos al vecino con inte-
rés! — «Don Júdas - le dijimos:— á usted, que es hom-
bre serio y tiene tres carreras concluídas, le enco-
mendamos la cotorra. Ya puede usted rascarla el



piojito antes de acostarse todas las noches. ¡Pero sí, que si quieres! Ni la dirigían la palabra, ni la daban de comer más que serrín y leche agria. Así es que la infeliz no hace desde entonces más que pensar en cosas tristes y cantar el aria de *Stradella* entre sollozos que parten el corazón y sacudimientos que parten la jaula.

Dicho esto, y validas mis amigas de la confianza que les inspiro, cada cual se marchó a su habitación, dejándome solo en medio de aquel puesto de baratijas, y oculto entre un cofre gigantesco y un monte de ropa blanca.

Transcurrieron dos horas. Me dormí. Las de Pérez continuaron desarreglando la casa y trasladando ropas y cacharros a los mundos, sin acordarse de mí para maldita la cosa.

Entretanto, y a la vez que me iba escurriendo hasta quedar sentado en el suelo, con una manta sobre la cabeza, comencé a ser víctima de unas pesadillas verdaderamente raras. Veía en sueños a las viajeras de mis pecados arrojar por una ventanilla del tren, en persecución de la cotorra que se les escapaba; las veía correr tras ella por los barbechos, en medio de dos guardias civiles y de las pullas de los segadores, guardabosques y demás animales silvestres, y las veía después en un fielato luchando con un cabo de consumos que, alarmado ante tantos bultos, las mortificaba con la continua introducción del pincho, ya en una cesta, ya en un llo de ropa; ora en una pantorrilla, ora en el bazo.

Cuando desperté, tuve que pedir socorro a voz en grito; porque la criada, sin reparar en mí, me había echado encima dos maletas bastante desarrolladas, un botijo de tamaño natural y un cesto con bacalao frito que habían preparado las viajeras por si se mareaban en el trayecto.

De resultas de estos achuchones, me encuentro hoy con tantos bultos como las de Pérez, pero con la diferencia de que a mí no se me puede extraviar ninguno, desgraciadamente.

Después...

Después he sabido, por casualidad, lo que han pesado los bultos de las de Pérez: ¡doscientos cincuenta kilos, sin contar la dentadura postiza que lleva de reserva cada una de mis célebres amigas!

Y probablemente les ocurrirá lo mismo que hace dos años. ¿Saben ustedes qué fue?

Que el mozo encargado de facturar los bultos con rumbo a Biarritz, comenzó su tarea el 7 de Julio, y cuando terminó, hacía ya dos meses que las de Pérez estaban de regreso en Madrid.



Actualidades.

Hoy—es decir, cuando escribo estas líneas—apenas se habla en Madrid de otros asuntos que de la *Gran Kermesse* que por fin pudo celebrarse con perfecto lucimiento en los Jardines del Buen Retiro, y de la llegada á esta villa de los velocipedistas franceses de *Le Petit Journal* MM. Perrodil y Farman, que han hecho en bicicleta el viaje desde París á esta corte, para saludar á sus amigos y compañeros de nuestro colega queridísimo *El Heraldo de Madrid*.

El velocípedo se impone, porque conviene perfectamente á la época en que vivimos.

Epoca de ligerezas, necesita que todo se haga ligeramente.

«Aquí, el que no corre, vuela,» debiera ser el lema de esta época y de esta sociedad.

Andar, ya no basta; es preciso correr; es necesario volar.

El hombre que antes aspiraba á ser libre, ahora aspira á ser «libre;» pero como la naturaleza no nos ha dotado de esa elasticidad de piernas, y como todos no podemos ser Bargossis ó Chistavines, ha sido indispensable inventar un aparato que supla la falta de velocidad de nuestros pies: de ahí el velocípedo.

El velocípedo, que en su principio era grande, pesado y tenía varias ruedas, ha sido en poco tiempo simplificado hasta convertirse en la bicicleta elegante y ligerísima, que parece imposible tenga fuerzas para resistir el peso de un hombre.

Y he oído decir que todavía ha de simplificarse más, de modo que pueda uno llevarlo á todas partes—ó viceversa,—y subir las escaleras en velocípedo, y jugar al billar en velocípedo, y picar los toros en velocípedo, y no dejar el velocípedo ni para andar por casa.

Hay quien supone, sin embargo, que ésta es una moda que pasará—como es natural—rápidamente. Yo, por el contrario, creo que esta afición ha de durar mucho, cuando no por otro motivo... por la «velocipedad» adquirida.

El velocípedo—ese caballo de acero—ha venido á reemplazar al caballo—ese velocípedo de carne.

Las carreras de caballos van perdiendo interés á medida que se extiende la afición á las carreras de velocípedos.

Los tranvías están llamados á desaparecer antes que la forma poética, y los coches de punto, antes de mucho tiempo, serán de punto... y aparte.

En los ejércitos extranjeros hay ya brigadas de velocipedistas, y pronto las tendremos también en España; así es que cuando estalle alguna guerra, habrá cargas de velocipedería, en vez de las cargas de caballería de antaño.

¡ Si, como antes indicamos, en las corridas de toros sustituyen también los picadores el caballo por el velocípedo, podremos leer en las revistas taurinas del porvenir:

«Los toros fueron bravos y de po-

der: tomaron entre todos 40 varas, y destrozaron 20 bicicletas.»

Los caballos estarán entonces de enhorabuena, porque dejarán de sufrir el tiro en los tranvías y en los coches, y los tiros en las revoluciones y en las guerras; pero á la vez perderán mucho en... consideración social, porque, dejando de ser animales útiles... Júpiter sabe el porvenir que les espera.

La hipofagia en unas poblaciones, el olvido y el abandono en otras, servirán para que los hombres se los coman, ó para que ellos no coman por no servir á los hombres.

Y entonces resultará ya con alguna exactitud la frase «sacramental» de los que dicen que en su casa sólo se come «sota, caballo y rey.»



La afición al velocípedo, que se extiende y propaga rápidamente—con la rapidez del velocípedo,—en París ha llegado ya á apoderarse de las señoras, que, sin temores, se entregan á este *sport*, paseando en bicicleta, vestidas con caprichosos trajes á propósito, por el «Bois» y por las calles de la población.

Yo admiro á esas señoras por su intrepidez—y no traigo esta palabra á cuento, por el cuento sabidísimo de la intrepidez de aquella que cayó del caballo delante de su criado—no; les admiro porque yo jamás he podido sostenerme dos minutos en una bicicleta, sin dar con mis huesos en el suelo.

Si yo sigo dedicándome á ese *sport*, el mejor día hubieran tenido que recogerme en un *sport... ón*.

Es verdad que también los buenos ciclistas se caen, y no fué flojo el susto que nos dió uno de los que tomaron parte en las carreras de la *Kermesse*.

Afortunadamente, las consecuencias del golpe fueron leves, y la cosa no pasó del susto, pronto olvidado entre los encantos de la fiesta brillantísima.

Porque la fiesta que un temporal «extemporáneo» trató de aguar, el calor ha permitido que se celebre con lucimiento digno de plácemes calurosos para el «buen Aguilera,» que es al mismo tiempo un excelentísimo señor y un señor excelentísimo; para la Asociación de Protectores de los Pobres, y en especial, para las ilustres y doblemente nobles damas que han prestado su concurso, á fin de dar el



mayor realce á la fiesta, y no proporcionar el provecho mayor á los pobres.

Es verdaderamente conmovedor ver una mano fina y enguantada que se tiende, al mismo tiempo que una voz dulce y delicada pide «una limosna por el amor de Dios» para los pobres; pero á la vez que conmovedor, es de un encanto inexplicable ver á las señoras y á las señoritas más distinguidas, acostumbradas á ser servidas por doncellas y por criados, convirtiéndose voluntariamente en servidoras del público, en aguadoras, en horchateras, en floristas, para que aun el más tacaño eche mano al bolsillo y contribuya á aliviar desdichas y á socorrer necesidades.

Al salir de la *Kermesse* la primera noche, se lamentaba un señor que goza justa fama de avariento, de que se habla dejado allí todos los duros que llevaba.

—¿El corazón también? le dijo



EXCELENTÍSIMO SR. D. ALBERTO AGUILERA,
Gobernador civil de la provincia, Presidente de la Asociación Protectora de los Pobres, é iniciador y organizador de la *Kermesse*.

sonriendo una joven graciosísima.—¡Que sea enhorabuena!

Al mismo tiempo que aquel señor, salía de los Jardines una mujer con su marido, honrada gente del pueblo, cuya limpieza de alma se refleja en su limpieza exterior, pobre gente que podrá llevar en sus ropas zurcidos y remiendos, pero que no lleva jamás una mancha. Los dos tenían sus ojos humedecidos por el llanto, y, sin embargo, en sus semblantes resplandecía extraordinaria satisfacción.

—Ya ves, Juan, decía la mujer: ¿quién habla de decirnos que algún día nos iban á servir duquesas y princesas?

—Anda, mujer, es que todavía hay almas buenas y ricos que pidan por los pobres.

—Pues esta noche rezaremos nosotros para que Dios dé á todos esos señores muchísimos beneficios. Será otra *Kermesse* en que nosotros los pobres pediremos para los ricos.

ALTER



P. S.—Al cerrar este número, sabemos que los barrenderos y los encargados de regar las calles, y de regar á los transeúntes, se han declarado en huelga, arrojando las escobas y las mangas, y que de la huelga han pasado al motín, apedreando á las autoridades.

Si la algarada toma importancia y como las grandes revoluciones quieren tener su himno, contando con el concurso de los «regadores», no hay para qué decir cuál es el más á propósito.

«El himno de Riago».

A.

Menudencias.

TRINOS

Locuras del deseo:
¡cierro, Concha, los ojos, y te veol

Igual que yo, caminas
pisando flores por coger espinas.

Desde que vi á Consuelo,
dejó de parecerme hermoso el cielo.

Por ingenua y sencilla
á todas las mujeres la prefiero,
pues yo sé que aún ignora mi chiquilla
por qué mayan los gatos en Enero.

Me has jurado mil veces
un amor en el cual creer no quiero,
porque sé que en amores y en dinero
suele ser más el ruido que las nueces.

MANUEL SORIANO.

Un andaluz que ha viajado por
el centro de Africa refiere sus
aventuras.

—He sido antropófago, dice
para asombrar á sus oyentes.

—¿Ha comido usted carne hu-
mana? exclama atemorizado uno
de ellos.

—Sí, señor... Y de tal manera
me acostumbré, que ahora de
vez en cuando no puedo resis-
tir á la tentación de chuparme
el dedo.

Arturo, que es muchacho po-
bre, pero honrado, no ha podido
todavía comprarse ropa de ve-
rano, y ayer aún llevaba una
americana que le hacía sudar
la gota gorda.

Un amigo de Arturo, oyendo
que otros se burlaban al verle
tan abrigado en este tiempo, les
interrumpió diciéndoles:

—Vamos, señores, un poco de
caridad. Arturo va todavía ves-
tido de invierno porque tiene
un almanaque... que se atrasa.

CHISMOGRAFÍA

Dícenme que decís, ex-reina mía,
Que os dicen que yo he dicho aquel secreto
Y yo digo que os digo en un soneto
Que es decir por decir tal tontería.

¡Que tal cosa digáis!.. ¡Quién lo diría!
¡Digo! ¡Iba yo á decir?.. Digo y prometo
Que digan lo que digan, yo respeto
Lo que decís que os dije el otro día.

No digo que no digan—y me atige—
Lo que decís que dicen, pues barrunto
Que dicen que hay quien dice, por capricho.

Más decid vos que digo que no dije
Lo que dicen que dije de este asunto:
No dije ni diré. ¡Lo dicho, dicho!

EL BR. FRANCISCO DE OSUNA.

GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

DE
GASPAR ABATI
Capellanes, 10.

Véase el anuncio en la tercera plana de la cubierta.

Jeroglífico



Charada.

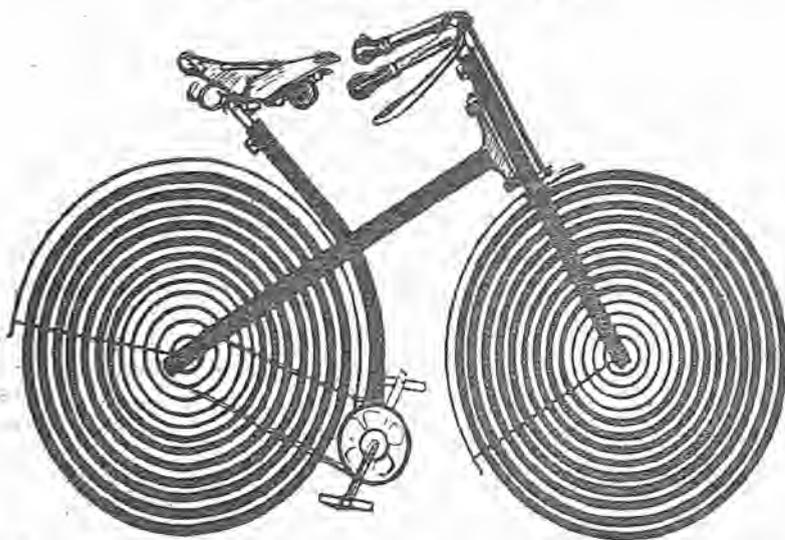
Con una señora
muy *tercia* primera,
con muchas *dos* prima,
con mucha *tercera*,
casó un guapo chico
sin estar beodo,
y, al saberlo, muchos
exclamaron:—¡*Todo!*

A. RODRÍGUEZ

SALTO DE GABALLO, por M. Marzal.



VELOCÍPEDO «ÓPTICO»



Como que se horizontalmente esta plana del periódico; hágase girar en tal posición, de derecha á izquierda; y fijándose en las ruedas de la bicicleta, se las verá ponerse en movimiento, aumentando ó disminuyendo la velocidad de su marcha aparente á medida que se acelere ó retarde el movimiento circular que se imprima al papel.

Incógnita

FOR D. M. MARZAL.

Cuatro letras has de hallar
que dan nombre de mujer;
otras cuatro ha de tener
la prenda que suele usar;
y si las ocho combinas,
te darán el apellido
de un francés muy conocido,
que de fijo lo adivinas.

Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 1

Al Enigma histórico.—MASANIELLO.

A la Charada.—BOCA.

Al Jeroglífico.—LA ARAUCANA FIGURA
EN PRIMERA LÍNEA ENTRE LAS OBRAS LITE-
RARIAS.

Al Triángulo. }
ANTERO
NUEVE
TEJA
EVA
RE
O

Las soluciones de los pasatiempos de este
número se publicarán en el siguiente.